

Martillo en Finlandia

por Adolfo Simón



En el verano del '93 visité por primera vez Finlandia gracias al acuerdo de intercambio que la Asociación de Directores de Escena española tiene con ese país. Era la primera vez que viajaba tan lejos y aunque el trayecto fue duro tenía la sensación de llegar a un mundo nuevo. Esta idea se confirmó cuando pisé tierra finesa, era como si hubiera llegado a otro planeta. El trato cordial y atento de los representantes de la delegación finlandesa nos permitió conocer aspectos curiosos de cómo viven y trabajan las gentes del teatro en aquel país. Conocimos Helsinki, la capital, y Tampere, ciudad donde a primeros de agosto se lleva a cabo el festival de teatro más importante de aquel país, durante la estancia en esta ciudad conocimos a diferentes profesionales del teatro con los que pudimos contrastar experiencias. Una de estas personas fue Angélika Meusel con la que nos comunicamos fluidamente gracias al conocimiento que ella tenía del español. Angelika se interesó por nuestros jóvenes autores y a la vuelta le hice llegar textos publicados por el Instituto de la Juventud y el Centro de Nuevas Tendencias. Hasta aquí la primera parte de la historia.

Durante meses hubo silencio, pero un día sonó el teléfono... Angelika y sus compañeros del grupo Rakastajak habían decidido poner en escena un texto español y querían saber si había alguna posibilidad de mostrarlo en España. Por aquel entonces estaba empezándose a gestar el proyecto «Europa Alternativa» en la Sala Triángulo y les puse en contacto. Se interesaron ambos por el proyecto y decidieron coproducirlo. Llegados a este punto había que ampliar la participación desde España y pensaron que además del autor debía ir un director de escena para dirigirlo. Decidieron que la persona indicada era yo y cuando me lo propusieron acepté inmediatamente. Lo que más me había interesado del viaje a Finlandia fueron «los actores» y de esta forma tenía la ocasión de poder trabajar con ellos. En los meses siguientes elegimos texto y llevamos a cabo las gestiones desde España y Finlandia para crear las condiciones para la puesta en pie del proyecto. Ya había

fecha de llegada a Pori, ciudad del grupo... primeros de julio y también teníamos noticias del estreno en Tampere... mediados de agosto. Quedaba lo más interesante, el encuentro de trabajo, el proceso creativo.

Y empieza la recta final del proyecto, la más apasionante. ¿Qué podía resultar del encuentro de un texto español, *Martillo* de Rodrigo García y de mi idea de la puesta en escena con la forma de trabajar de los actores fineses? Era una incógnita excitante. Creo que los que llegamos a aceptar las reglas del juego de esta profesión... aventura nueva y distinta para cada proyecto, nos entusiasma cuando hay componentes, que aún dando una idea proximada del resultado, no conseguimos ver exactamente qué será lo que nos encontraremos en el camino.

En este segundo viaje he podido conocer otra Finlandia, los rasgos particulares de los finlandeses. En lo cotidiano son cordiales pero reservados; sólo cuando ya se han hecho una idea de con quién se están relacionando y para qué, empiezan a abrirse lentamente para terminar excesivamente comunicativos. Es un poco como hacen uso de la semana, de lunes a jueves trabajo y orden, pero de viernes a domingo se olvidan del reloj y... ¡a beber y reír!

En el trabajo de la puesta en escena de *Martillo* se vivió algo parecido. La primera semana fue como de tanteo, había que crear un lenguaje de grupo ya que no todos los integrantes habían trabajado juntos anteriormente, pero sobre todo teníamos que descubrir cuál era la forma de trabajo de cada uno. Todos ellos estaban muy atentos a ver con qué planteamientos llegaba. El riesgo era muy grande, podíamos no haber tenido intereses comunes en el trabajo. Por suerte el grupo Rakastajak estaba abierto y deseoso de vivir la experiencia y aunque la propuesta de este proyecto difería mucho de todo lo que habían hecho anteriormente, se volcaron generosamente. En este momento se perdió un poco el equilibrio de la balanza, se pasó del interrogante sobre el trabajo a la obsesión por el mismo. Esto en una situación normal habría sido fantástico, pero las circunstancias eran muy diferentes para el grupo y para mí. Aquel era su país y

podían durante un tiempo aislarse de todo y sacar la cabeza al exterior para lo fundamental... para mí, fuera del trabajo había pocas cosas con las que «alimentarme». No había tiempo para disfrutar turísticamente del lugar, pero necesitaba distanciarme del trabajo y poder volver a él con nuevas fuerzas. Era difícil pues la dificultad del idioma hacía que sólo pudiera caminar hacia la reflexión y no hacia la extroversión. Fue como un maratón de trabajo, a menudo rico y en ocasiones yermo. Teníamos el tiempo contado y el grupo un gran compromiso con la presentación en el festival, así la mirada estuvo más puesta en el estreno que en el proceso.

Hubo jornada de trabajo que enlazamos la noche con el día, profundizando en la dramaturgia, en la traducción, improvisando con los personajes, jugando con las escenas, procurando que el cuerpo, la voz, el texto, el espacio... que todo fueran piezas de un puzzle que fuera encajando. Nunca antes he vivido un proceso donde toda la energía esta puesta alrededor de la obra, por mi parte desde la dramaturgia y la dirección, y el resto del equipo aportando su cometido, así, aun pintando canas nuevas la experiencia ha sido muy interesante.

En el estreno hubo una reacción generalizada por parte del público, les costaba dar sus impresiones al finalizar la representación; necesitaban reflexionar sobre lo que habían visto. Algo que les inquietó fue el texto; en sus escenarios no se dialoga poéticamente y por tanto como espectadores les cuesta perderse en un lenguaje metafórico. Suerte que el espectáculo resultó muy claro visualmente y de esta forma se podía seguir la trama sin problemas. Algo que siempre estuvo en mi mente pues no podía olvidar que este trabajo iba a viajar más tarde a España y se presentaría en finés. En octubre se presentó en Madrid con una respuesta muy cálida e interesada por parte del público, todo culminó con un hermoso regalo: La concesión por parte de la Asociación de Directores de Escena del Premio José Luis Alonso para la dirección de *Martillo*. Sin duda una aventura irrepetible.

Diciembre, 1994.